

muchos dulces que llevan á su escondrijo. El día siguiente por la tarde la dueña de la casa fué al armario y no encontró los dulces; otro día compró una costilla para Narciso que estaba enfermo, y la dejó encima de la mesa y se fué.

Los dos ratoncillos salieron otra vez y encontraron la chuleta; y coma la querían los dos, hacían ruido, el gato los oyó y fué al comedor y vió á los ratoncillos que comían la costilla. Entonces el gato se engulló á los ratoncillos y después roía los huesos. Bajó la dueña á buscar caldo y vió al gato y le dijo:— Ah tu eres el ladrón? y cogiendo un palo dió una tremenda paliza al gato.

FRANCISCO XIBERTA.

Dos imprudentes

Una pobre mujer tenía dos hijos, es decir dos diabolicillos. Encaramarse á los árboles, jugar con objetos peligrosos y arrojar piedras era lo que mas les divertía. Su madre les reprendía, les castigaba, todo era inútil; siempre volvían á las andadas.

Cierto día su padre se dejó olvidada la caja de fósforos, y ellos aprovechando este descuido se la pillaron.—Haremos fuegos artificiales, dispararemos cohetes; cuanto vamos á divertirnos.—No apures todos los fósforos, dijo el menor, yo sé donde papá tiene los utensilios de fumar, haré provisión y cuando estaremos solos en nuestra habitación fumaremos.

Dicho y hecho. Pidieron permiso para acostarse, á su mamá, y esta los acompañó hasta la alcoba; cerraron su habitación con la llave para que nadie pudiera sorprenderles y empezaron su tarea:—¿Te gustaría ser hombre?—Mucho, llevar bigotes, fumar puros como el Sr. de enfrente, es mi sueño adorado; ¿Que delicioso perfume!—Cuando yo sea hombre, replicó el otro, siempre quiero estar con la pipa en la boca ¡es muy saludable fumar!—Ya lo creo.

Chupando y hablando quedaron dormidos. No habían pasado tres cuartos de hora cuando se oyeron gritos lastimeros demandando socorro; partían de la habitación de los rapazuelos. Acudieron sus padres, no pudieron prestarles auxilio, pues los niños tenían la llave, y tuvieron necesidad de mandar por un cerrajero. Al abrir la puerta un horripilante cuadro se presentó á su vista: los dos niños yacían carbonizados. Pagaron con la vida su imprudencia.

Que este relato os sirva de ejemplo, queridos amigos míos. Jamás desoigamos los consejos y advertencias de nuestros padres y de nuestros preceptores; puesto que ellos se esmeran y se afanan para proporcionarnos todo el bienestar posible, al mismo tiempo que procuran evitarnos cuanto puede sernos nocivo.

Si estos dos desgraciados traviesos hubieran atendido las sabias advertencias de su madre, estarían gozando de la dicha de vivir y sus padres no hubieran tenido que lamentar tan terrible desgracia.

CONCEPCIÓN VIDAL ROCA